




DEL BRAVO AL MISSISSIPPI

 AMOS andando, corriendo, volando ya. La fisonomía del paisaje no cambia en sus grandes líneas; pero aquí en los primeros términos varía rápidamente. Aquí la vegetación parece más copiosa, más grasa, de un verde mejor lavado que allá, aunque siempre chaparra. Rompen á trechos estas masas de colorido húmedo los cubos regulares de los caseríos color de ladrillo amarillento.

Uno que otro *ranger*, inmóvil sobre su caballo inquieto, con su *jarano* blando hecho en Chicago, sus botas rojizas á la federica y su cara seria de rubio abofeteado por el sol, ve pasar el tren en una encrucijada de árboles. Las casas pintorescas de madera menudean; primero se ven altas, coloradas y clareadas de ventanas, como manchas agradables que recortan el gris azul del cielo y alegran por abajo las masas verdosas de la arboleda; al cabo empiezan á ser monótonas, mas nunca es ésta como la desesperante monocromía de las cercas y las chozas de adobe, color de tierra muerta.

En el fondo, un esfume plumizo de montañas bajas; la mañana avanza y parece que el tren la deja atrás; vemos al pasar, las *sections* en que están divididos los condados texanos, sucederse casi sin interrupción.

Algunas de estas poblacioncillas son muy limpias; parecen vestidas de día de fiesta, y son como una especie de repique de colorido en un paisaje á dos ó tres tintas nada más. Los hotelillos regocijados, sus vastas tiendas de abarrotes (*grocerys*) arrancan de nuestros labios la consabida exclamación nacional: ¡qué bonito! De cuando en cuando un *city-hall*, un palacio municipal, como solemos decir, trivial, aislado, se yergue blanco y severo, flanqueado por techos negros de lámina, entre los que descuella en el centro, una torre pagódica pomposa y fuera de tono. . . .

Sigue la llanura aborregada de arboleda verde á *vista perdida*; los maizales tostados manchan aquella interminable tela de amarillo rural, pero no le quitan su visualidad.

San Antonio.—Aquí junto, del fresco *restaurant* para allá, dos ó tres millares de casas de madera con sus tejados blancos ó rojos. En cuanto se alinea el tren, se ven distribuirse, perpendicularmente á la vía, prolongadas avenidas entre masas iguales de construcciones altas, acotadas por rígidas vallas de postes telegráficos, por entre los cuales vienen y van continuamente, como enormes tortugas automáticas, los wagones eléctricos, armados de sus largas púas de fierro que buscan y pierden sin cesar el contacto con el alambre.

Tal es San Antonio á primera vista; á segunda vista percibimos varios lindos edificios de ladrillo; á tercera vista, San Antonio es una sopa de malva, un filete de cerdo, un *pudding* de cebada; á cuarta vista, un wagón que lleva este gran letrero *for whites*, para blancos: primer contacto con la democracia americana. Entramos en ese wagón en nuestra calidad de semiblanco. Una muchacha de trece años, un brote de aquel árbol inmenso cuya savia está hecha de leche y sangre, una flór encapullada de aquella civilización en que cada uno se siente algo y lo ma-

nifiesta con cierto aire de rey de su propio individuo, que ni se pierde ni se confunde con nada, ni cuando es ridículo ó cómico, eso era aquella muchacha elegante, bonita, seria, bloqueada en su asiento por un gran plato de uvas heladas, una canasta de panecillos y un montón de periódicos. Iba á Nueva Orleans sola, sin miedo y sin reproche. Eso allí es cosa tan común, tan natural, que nadie se fija en ello, ni lo ve siquiera; mas un mexicano tiene el derecho de dar testimonio del caso y de ver de reojo, porque la mirada de un hombre que *insistiera* en dirección de una pequeña *miss* de estas, se encontraría al fin con la mirada sorprendida de la niña y luego con la del conductor. . . . ¡Y aquí de mis paisanos!

Y mientras repantigado en mi mullido asiento de polvosa pana roja, veía pintarse y desaparecer en la zona de cielo que encuadraba mi ventanilla, en perenne avance, uno tras otro, los molinos aéreos, como extrañas aves degolladas, con sus alas de abanico y sus colas rectas de palo pintado, hacíame estas reflexiones políticas, que son probablemente perogrulladas trascendentes: *for whites*, para blancos, nada más; y es que toda democracia necesita esclavos, ó abajo como la de Atenas, ó arriba, como la francesa; los de arriba son caros, se llaman diputados, son el Gobierno. Esta democracia americana tiene á los de arriba y quisiera tener aun á los esclavos de abajo. En suma, una democracia es un sueño; una democracia es una aristocracia constantemente asaltada por los que quieren entrar en ella. ¡Si los negros lograran tener la mayoría en el Capitolio, como la tienen en las calles de Washington, reducirían á los blancos á la esclavitud!

Paran aquí mis lucubraciones político-sociales; aquí paran, porque me fastidia pensar en esas cosas, tanto como á mis lectores leerlas; y Horacio dió la receta: si quieres fastidiar, aburrete, *si vis me flere*. . . .

La tarde cae como una sábana gris sobre el campo distribuido en tableros de algodón ya casi cosechados; sobre el verde pajizo de los tallos la flor blanca ó morada (lo que llamó el gran

poeta de la naturaleza americana *las rosas de oro y el vellón de nieve*) muestra aquí y allí sus motas tupidas y encapulladas; de cuando en cuando un hombre que *pizca*, se endereza y nos mira pasar con su cara hosca y emborrionada de pelos, y su mujer, arrodillada y apoyadas las manos sobre el cestón en que recoje los vellones, vuelve á nosotros sus ojos risueños y su frente atezada, bajo el gran paño azul de la cofia. Entre campos de algodón y campos de maíz descoloridos, brillan á trechos las grandes pajas de seda verde de las praderas sembradas de *johnson-grass*. Las casitas de madera se apiñan con más frecuencia ahora que esta mañana, y hay entre ellas edificios verdaderos cuajados de arabescos y con grandes pujos arquitectónicos; solemos detenernos en estos poblachos ricos. Bordando las estaciones hay parquecillos muy bien arreglados; en este que recorreremos con deleite, por el sereno frescor de la temperatura, se lee el nombre del lugar trazado en el suelo con piedras bañadas de cal blanca: *Schulembourg*.

Al anochecer llegamos á Houston; esta es una ciudad en forma. ¡Houston! ¡qué melancólicos recuerdos! Esta ciudad lleva el nombre de nuestro vencedor en Texas; es decir, del vencedor de Santa-Anna. Estas páginas de nuestra historia no pueden recorrerse, sin que venga á la boca un sabor de ceniza y de muerte. La gran figura del federalista Zavala, surgió ante mí, del libro consagrado por mi padre á su memoria. No, no fué un traidor el primer vice-presidente de Texas; la patria apenas tomaba forma en el caos, aun se subalternaba esta noción, en las conciencias nuevas, á determinada forma política. No, Zavala no fué traidor; había nacido en Yucatán; pues bien, solo para los dos extremos del país, para Yucatán y Texas, el pacto federal había sido un hecho y no una ficción. . . .

Estamos en Houston; el ir y venir incesante de trenes en la estación, me proporciona la primera sensación de *un pueblo entero en movimiento*, á compás de un campaneo perpetuo y de un rugir de locomotoras que no acaba. Unos hombres andan como autómatas, suben con sus valijas en una mano y su periódico en

la otra, atraviesan nuestro carro, salen, bajan, desaparecen; uno que otro se sienta en el gabinete de fumar, enciende un puro y se va; ha descansado de cinco á seis horas de marcha. Cuando se mueven estos hombres, óyese el crujido de sus articulaciones de fierro. ¿Quién hizo estos muñecos tan impasibles, tan colorados y tan fuertes? Este es el pueblo americano, un pueblo que no se sienta más que para tomar cerveza, y eso no es sentarse. Además habla por la nariz.

La tierra sale desnuda á tomar su gran baño de plata á la luz de la luna. Esta es una noche pintada expresamente para ilustrar un poema de Chateaubriand; no tendría precio, como bambalina, en Atala, esa ópera de las vírgenes soledades americanas. No son vírgenes ya, por desgracia; por desgracia para ellas, no para mí, que sin este crimen no las habría visto. El vapor es el gran violador; hijo del carbón y del agua, es el dios de la mitología nueva (que es lo mismo que la vieja) mueve al mundo como si fuera una palanca ó un émbolo, y por eso esta noche de plata pura está incrustada de fierro y de fuego. Junto á mi ventana pasan los trenes diabólicamente ruidosos, allá abajo corren los ríos celestemente silenciosos. . . .

En Luisiana.—Mientras un negro me frotaba el pecho y la espalda con una gran esponja de agua helada, yo veía, apoyado en el mármol de los *lavabos*, amanecer el mes de Octubre en Louisiana, y en verdad que esta aurora estaba muy bonitamente arreglada, las nubes muy bien cardadas (en la próxima fábrica de tejidos de lana, me figuro) flotaban en copos de un gris azul impagable para una corbata-directorio; pegadas al Oriente había fajas de seda purpurina estriadas de largos pliegues horizontales; un verde en el cielo, muy de moda, y ¡qué cielo tan cristalino! ¡tan claro! Los tupidos cañaverales altos, repletos de miel, llegaban como esteras doradas hasta el horizonte, y los algodones empolvaban, como peluca á la Luis XV, las rubias praderas.

Estamos en la tierra de *los bosques de la Luisiana*, esa espe-

cie de Edén con que Law enloquecía á los nobles y burgueses de Francia, al principiarse el pasado siglo; verdad es que *Luisiana* se llamaba entonces una región que comprendía vagamente la mitad de los actuales Estados Unidos.

Pero los bosques no solo son de árboles, sino también de casuchas de lindo aspecto, de jardines acicalados; vimos en ellos algunos abetos, tan primorosamente cuidados, que no los desdeñaría un jardinero de Versalles. ¡Oh! qué envidia, qué envidia causan estos suelos tan bien regados, tan negros, tan grasos, tan bien preparados para el cultivo. Por entre las calles de maíz cosechado ya, desfilan por grupos *babys* y *misses* negras, del color de la tierra, sucias y mal perjeñadas, alargando hacia el tren el grueso y sensual hocico y en pos de éste, todo el indolente rostro encuadrado por las alas enormes de sus cofias de percal.

No que los árboles de estos bosques sean gigantescos, no; ni siquiera las largas guedejas grises que cuelgan de sus ramas, idénticas á las parásitas de nuestros ahuehuetes, les dan un aire secular; parecen bosques de cincuenta años, pero tupidos y repuestos á maravilla; en la sombra en que bañan los troncos de sus interminables arboledas, que rara vez puntea de oro un rayo furtivo de sol, espejean rápidamente grandes charcos de agua que de lejos dan frío y de cerca deben dar calentura.

Multiplicanse en el cielo las chimeneas con sus garzotas de humo ó negras ó grises ó blancas; las corrientes suelen ser más anchas: he aquí un río, lo atravesamos sobre un magnífico puente; sus riberas tienen un ribete de docks de madera color de chocolate, acotados de uno y otro lado por líneas simétricas de casas que, como todas las de por aquí, parecen portátiles, tan ligeras así son, y por vapores de todos tamaños que van ó vienen del Golfo. La señorita, que ha pasado la noche sola, entre los hombres del *sleeping-car*, vuelve en estos momentos del tocador, esbelta, correcta y limpia, con esa limpieza de las razas rubias que parece una irradiación del alma; y con sus ojos lucientes y tranquilos, su sombrero y su camisa blanca, bajo el jaquet de corte varonil, parece una Juana d'Arc de escuela normal. Y ¡oh con-

traste! en la estación siguiente se instala frente á ella una yanquesa de pelo rojo, de tez pálida, con unos anteojos que parecen un biombo de cristal y terminada por puntiagudo sombrero negro: ¿será un yankee? Merece serlo.

*

Y avanza la mañana y vuela el tren; ahora atraviesa una región pantanosa, cercada por las mismas cortinas boscosas y aquí y allí *drenada* por riachuelos ó canales sembrados de islillas cuajadas de habitaciones construidas sobre estacadas, como las habitaciones lacustres; aquí las inundaciones deben parecer diluvios universales. Por lo demás, el aspecto de la tierra trae á la memoria, con mayor precisión cada vez, el de nuestras calientes costas; se parece al litoral entre el Medellín y el Papaloápam; pero faltan las palmas. Abundan, en cambio, las chimeneas, las aldeas son ya ciudades, las personas parecen más decididas, van más de prisa en los wagones que pasan sin cesar en interminables cadenas, en los carros arrastrados por recios caballos; las fábricas que recortan y acercan el horizonte indican que hemos llegado al verdadero mundo americano, al reino del anuncio. Un reporter del *Picayune*, que toma informaciones corteses y rápidas, y una larguísima y ondulante faja de vaho negro que va á cortarnos el paso, anuncian la proximidad de la Emperatriz del Sur (estilo de la tierra) léase New-Orleans.

Ya podemos vislumbrar, entre la negrura que ciñe al cielo con un enorme crespón de luto, las cruces oscilantes de una selva de mástiles, las chimeneas que se balancean trazando en el viento denso y revuelto espirales de humo, y aquí cerca el fantástico contorno de un barco blanco que huye. . . . *Stop*; pára el tren; un mi primo que pasa sin transición de la suprema indolencia de un cacique criollo á la actividad vertiginosa de un campeón del *andarinato* internacional y á quien he nombrado mi guía, es decir, mi verdugo y mi víctima, nos precipita por una escalera á una especie de gigantesca *jangada* que tiene su gran motor de vapor, sus dos pisos de salones, sus pasillos, sus corre-

dores, todo atestado de gente, de coches con sus caballos, de carros, de wagones inmóviles sobre sus rieles, y esta flotante Babel, se llama un *ferry*. Salimos á la plataforma de proa; un larguísimo brazo de mar color de agua de cola, pasa por debajo de nosotros espumarajeando de rabia y golpeando los costados del *ferry* con su ola babosa y corta. Esto se llama el Mississippi, el *Mispi*, como dicen estos diablos en su nasal inglés, convulsivamente contraído, como si lo hubiesen inyectado de estricnina. Cinco minutos dura la travesía; atracamos á un muelle, subimos una escalera muy alta precedidos por la gentil yanquita de San Antonio que parece más firme y más dueña de sí misma cuando atraviesa con una maleta en una mano y un libro en la otra el río de gente que se precipita hacia arriba: ¡un río que sube! que arrellenada entre el *Globe Democrat* y el *Picayune* en los cojines del Pullman. Pensando en esto subí á un coche conducido por un negro más serio que el caballo de Carlos IV y tomamos al trote largo por las calles de la Nueva Orleans.

¡Qué nombre tan sabroso para mí! Está asociado, en los recuerdos de mi infancia, con unas manzanas muy coloradas, unas patatas muy grandes y una mantequilla muy rica. Todo esto mandaba esta gran señora á mi pobre y orgullosa Campeche por los años de 54 y 55, y yo que fuí un niño-prodigio . . . en gastronomía, conservo intacta mi gratitud estomacal por *New-orleans*, como dicen los viejos pilotos de mi tierra que está allá en frente, al otro lado del Golfo.



NEW - ORLEANS

NTRAMOS en una ciudad vieja, achacosa, sucia de humo de carbón y de tierra. Es una de esas ciudades del Golfo que parecen hermanas todas, pero muy grande, muy desarrollada; en ella caben Tampico, Veracruz y Campeche, y algo tiene de todas ellas, de Veracruz sobre todo; la impresión primera es desagradable, por el desaseo: ¡una ciudad costeña que no se lava la cara! ¡horror!—Las calles muy estrechas, tanto que un wagón Pullman, atravesado en la extremidad de la calle por donde vamos, esconde sus dos plataformas, recortado por las aristas de las esquinas; las casas en este barrio son verdaderos tugurios infectos, medio ocultos por montones de basura, de tablas, de barriles, de papel viejo, hacinados por donde quiera; á la orilla de las aceras piedras partidas y disparejas. Á medida que nuestros coches avanzan, las casas van siendo muy altas, lo que hace más sombrías las calles; algunos edificios suben á siete y ocho pisos, con balcones que son, por sus proporciones, verdaderas galerías de fierro apoyadas en columnas metálicas en los bordes de la acera y que se unen, de piso en piso, por sus arquerías llenas de